

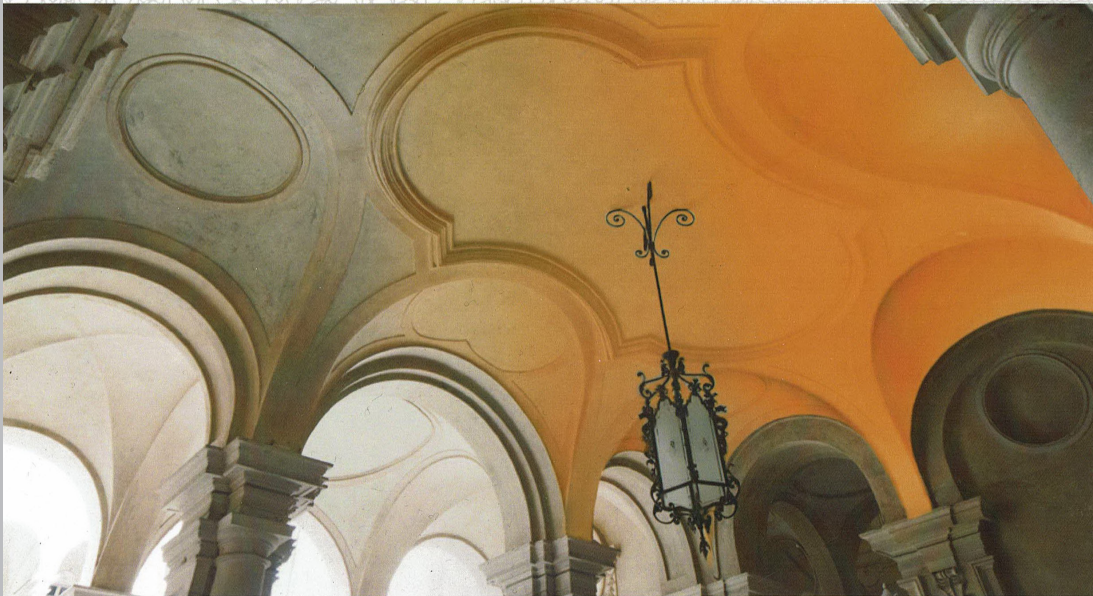


DISV/01

Roberta Spallone, Marco Vitali

**Volte stellari e planteriane negli atri barocchi in Torino**

*Star-shaped and Planterian Vaults in Turin Baroque Atria*



136

**Volte stellari e planteriane negli atri barocchi in Torino**

Star-shaped and Planterian Vaults in Turin Baroque Atria

**Andrés Martínez-Medina**

Roberta Spallone, Marco Vitali  
Volte stellari e planteriane negli atri barocchi  
in Torino  
Roma: Aracne Editrice, 2017

Ciudad y arquitectura suelen ir de la mano. Además, según Benedetto Gravagnuolo, «la ciudad es la más extraordinaria ideación humana, y su origen y desarrollo coinciden con la historia misma de la civilización: civitas y civilitas tienen una etimología común». Las ciudades, pues, son vitales para la humanidad porque su estado revela el de las gentes que las habitan. En este sentido, hay un momento de la historia de la arquitectura de Occidente en el que las urbes como entidad pensada y cuerpo sobre el que se interviene adquieren un protagonismo destacado, que se situaría en la centuria a caballo entre los siglos XVII y XVIII –un periodo definido artísticamente como ‘Barroco’ en las zonas de predominio de la fe católica–. En esos años las ciudades son objeto de nuevas trazas y reformas en profundidad (basta pensar en el proyecto de vías de unión de las siete grandes iglesias de Roma ordenado por el papa Sixto V) que permiten ‘leerla’ como un gran organismo articulado en el que las plazas asumen un rol fundamental como centros de representación de la vida social y en donde los edificios civiles son coprotagonistas de la escena urbana.

Normalmente, el inicio del Barroco se asocia más a la invención y experimentación en los espacios de la arquitectura religiosa (Bernini, Borromini y Guarini) que a su despliegue en el resto de las arquitecturas civiles (palacios, hospitales, teatros), pero todas estas arquitecturas destacan por su capacidad para jerarquizar los espacios públicos –sean plazas, avenidas o perspectivas urbanas– donde se

implantan. De las tipologías civiles merecen destacarse las casas e inmuebles residenciales nobiliarios en tanto que suponen la superficie edificada más extensa del entramado urbano que, siendo de propiedad particular (de acceso limitado a sus usuarios más directos), disponen de unos espacios de transición, sitios entre la vía pública y el interior privado, que definen los amplios zaguas que se abren tras los portones macizos que los separan del exterior. En la ciudad de Turín, estos vestíbulos fueron un laboratorio de experimentación arquitectónica, donde los espacios se solventan con estructuras singulares mediante la complejidad geométrica resultante de la intersección de diferentes cúpulas y bóvedas dando lugar a las ‘bóvedas estelares’ (cuyas proyecciones en planta resultan figuras en forma de estrella), que se inician con los trabajos de Guarino Guarini, o ‘bóvedas planterianas’, en homenaje al arquitecto piamontés que más las empleó: Gian Giacomo Plantery, tío y maestro de Bernardo Antonio Vittone.

Este libro –cuyo título hace alusión directa a estos umbrales de tránsito– cataloga, documenta y estudia hasta un total de 71 ejemplos emplazados en el reticular centro histórico de Turín y dibuja, analiza y pormenoriza una selección de 17 casos del elenco total que sintetiza en tablas por tipos espaciales (en tanto que elementos arquitectónicos autónomos) y por tipos urbanos (dentro de la construcción de la que forman parte) para, posteriormente, desmenuzarlos y diseccionarlos gráficamente

Figura 2. Bóveda estelar en el palacio Carignano, Turín, 1679-85, Guarino Guarini (fotografía: A. Martínez-Medina, 2018)



uno a uno. Así pues, este trabajo muestra sistemáticamente y de modo muy didáctico el desarrollo de una amplia investigación que ha exigido de sus autores labores de alzamiento y posterior modelado de las obras más relevantes acompañadas del vaciado de los documentos de archivo y de la bibliografía histórico-crítica en la que se insertan estas piezas de la arquitectura civil y urbana barroca que, en esta capital y en este periodo, alcanzaron cotas técnicas y estéticas de relieve donde las formas revelan el complejo proceso de la construcción material de estos vestíbulos abiertos y cerrados a un mismo tiempo. Todos los conocimientos recopilados se refieren a la cartografía actualizada y los dibujos realizados por los autores para la ocasión, donde los zaguanes (antecedentes de los portales de los inmuebles residenciales burgueses erigidos durante todo el siglo XIX), de holgadas dimensiones, se sustentan sobre una base histórica que es puesta al día por levantamientos minuciosos en planta y sección, con el sustrato de una geometría regular, completados por la axonometría de cada uno de ellos donde se detallan todos los fragmentos de bóvedas y cúpulas que están en el origen de los experimentos de macla de volúmenes en los que los arquitectos demuestran su destreza y profesionalidad, tanto en las artes del diseño, como en el igualmente difícil arte de la construcción.

Se trata de un libro de gran rigurosidad por lo que se refiere a su investigación histórica (urbana y arquitectónica) y a su sistemática exposición de resultados apta

tanto para estudiosos del arte, de la ciudad, de la arquitectura y de su construcción o su trazado, como para estudiantes interesados en las posibilidades que abren las nuevas herramientas digitales como instrumental de exploración de saberes que parecían intuitivos y que tienen un soporte geométrico que los actuales programas informáticos revelan con sencillez. Sin embargo, en su momento, estas piezas de transición entre el exterior urbano y público hacia el interior arquitectónico privado supusieron hitos técnicos de difícil concepción espacial y de compleja expresión gráfica que ahora se muestran con la máxima claridad en su descomposición por unidades elementales. Para concluir, cabría señalar que si en algún momento se ha considerado que «la arquitectura es arte en la medida que el proyecto del espacio prima por encima del proyecto del objeto», esta situación se fraguó, según August Schmarsow (1853-1936), precisamente a lo largo del *Barock und Rokoko* (1897), periodo en el que la esencia de las obras arquitectónicas radicó en la concepción de su espacio interior, cuyos embriones de ensayo –como piezas germinales– fueron estos zaguanes ideados como entidades abstractas de una gran complejidad gráfica y constructiva y, por ende, espacial.